lealtad frecuentemente profetiza. Tenedlo en cuenta, gran señor, y no añadiré una palabra.

—Gonzalo.... murmuró Don Juan entre enojado y cariñoso.

—No se detenga V. A. ó yo seguiré adivinando.

—Sabe, Gonzalo.... No, no es posible. No puedes saberlo.

—Me habeis dado vuestra real palabra, señor.

—¡Te la retiro! esclamó el príncipe con vehemencia.

—No es posible. Antes cambiará el sol su carrera que falte un hijo de Cárlos V á la palabra que ha empeñado.

—Tu vida, Gonzalo, tu vida pende quizás de mi silencio.

—¿Qué importa arriesgarla? Indíqueme al punto V. A. la mision que debo cumplir, y quedará desempeñada. Lo juro á fé de caballero.

—Conozco tu lealtad, Gonzalo, tambien conozco tu valor; pero no puedo decidirme. Es imposible.... No lo quiero.... No puedo hacerlo, y no lo haré.

—Escuchad, señor, una historia. Un príncipe, ilustre y magnánimo, amaba á una mujer hermosa, entre las sombras de un misterio para todos impenetrable. Esta mujer era la vida del bizarro príncipe, porque la vida es el amor. Gozaba al lado de la hermosa los mas deliciosos placeres; lejos de la hermosa padecia, como padece todo amante ausente del ídolo de su inflamado corazon. La mujer misteriosa seguia al príncipe como sombra amiga; pero en su cualidad de sombra desapareció de repente. El amante quiso seguirla; pero unas pesadas cadenas, que forjaron honor y deber, detuvieron entonces sus pasos; pensó en un servidor que hiciera sus veces, y se detuvo por no esponerlo á peligros imajinarios; hasta que adivinando el mismo servidor los tormentos del noble príncipe....

—¡Gonzalo! esclamó Don Juan adivinando cuánto debia añadir el jóven.

—No hay medio, señor: si V. A. no me dice adónde debo dirijirme, yo burlaré la vigilancia de los centinelas del castillo, y no volveré á él sin traer noticias de la misteriosa *dama negra*.

—Bien, Gonzalo, dijo el austriaco conmovido; ese valor que en tí distingo, esa firmeza superior á tus pocos años, me dan entera confianza y sabrás lo que de tí deseo.

—¡Gracias señor, esclamó el paje de nuevo echándose á sus piés.

—He vacilado muchos dias; te he despedido muchas veces sin atreverme á ecsijir de tí un sacrificio que puede costarte la vida.

—Bastante he vivido, señor, si puede serviros mi muerte.

—Empiezas á vivir, Gonzalo: tienes una madre que te adora, que te encomendó á mi cuidado, que me haria responsable de tu pérdida. No, Gonzalo, no puedes ir. Renunciemos una vez mas á nuestro proyecto.

El jóven se adelantó un paso hácia el príncipe, tendió la diestra sobre su pecho, y con acento de invariable resolucion dijo:

—Juro á Dios y á la ilustre sombra del gran capitan, mi antepasado, salir hoy mismo de la fortaleza de Namur, aunque tenga que precipitarme desde el muro: correr los Paises-Bajos, la Europa, y el mundo entero, si es preciso, hasta encontrar la *dama negra*.

—La *dama negra* ya no ecsiste, murmuró Don Juan tristemente.

—Con eso no volveré nunca, repuso Gonzalo sin dudar.

Iba el paje á salir, y el príncipe le detuvo cariñosamente.

—¿Adónde voy? preguntó Gonzalo tan decidido como siempre.

—A Bruselas, respondió el príncipe con sonoro acento.

—Entraré en Bruselas disfrazado, me alojaré en vuestro palacio, ó mejor dicho, en *la gruta de la Magdalena*, y esperaré meses y meses hasta ver á la *dama negra*.

—No. No la encontrarás allí nunca por mas que la esperes.

—¿Pues en dónde debo buscarla? preguntó impaciente Gonzalo?

—En casa de Cornelio Estraten, repuso Don Juan esforzándose.

—Cornelio Estraten.... murmuró el intrépido jóven.

—Un rico armero, el mas opulento del Brabante.

—¿Que tiene su fábrica junto á la iglesia de Koubemberg?

—¿Le conoces, Gonzalo? observó el príncipe muy satisfecho de su paje.

—Medianamente. ¿Debo dirijirme á su casa?

—Y preguntar por María Estraten. Aprende el nombre.

—Es el de su hija. No lo olvidaré; solemnemente lo aseguro.

—¿La conoces? preguntó el austriaco con mezcla de asombro y alegría.

—Perfectamente. Si es la mujer mas bella de todo el Brabante.

—Hermosa es, Gonzalo, muy hermosa. No hay otra beldad como la suya.

¿Y qué diré, señor, á mujer tan bella y seductora?

—Debes entregarla este papel, repuso Don Juan.

El príncipe tomó una carta que habia escrito momentos antes, décima edicion de otras varias que habia roto, y que renovaba cada vez que llamaba al jóven Gonzalo.

—¿La entrego esta carta? dijo el paje con alborozo.

—Sí, amigo mio, repuso el príncipe con tierno acento de bondad.

—Dadme vuestra vénia, señor, añadió el valiente Gonzalo.

—¿Adónde vas, amigo mio, con tan apremiante premura?

—A dar mis órdenes para que me ensillen un caballo, y despues á ponerme el vestido que me convierte en un flamenco.

—¿Cuándo piensas salir, Gonzalo, de la ciudadela?

—Ahora mismo. No quiero perder un solo instante.

—Dentro de una hora será de noche; espera á mañana.

—Al amanecer pienso estar dentro de Bruselas.

Don Juan se quitó una medalla que llevaba al pecho, y la presentó al jóven Gonzalo que la ecsaminó con asombro.

—¿Qué es esto, señor? preguntó el paje mostrando á Don Juan la medalla.

—Un talisman, replicó el príncipe, que puede serte muy precioso.

—¡Un talisman! esclamó Gonzalo despues de bien ecsaminarla.

—Lee en su reverso, añadió el austriaco desdeñosamente sonriyéndose.

—*Contra-juanistas*, leyó el paje, y miró á Don Juan con estrañeza.

—Esa medalla puede salvarte de algun peligro, dijo el príncipe, respondiendo así á la mirada investigadora del mancebo.

—No puede llevar esa medalla quien ha nacido castellano. Este es un signo de traidores. Tomadla, señor, ó la arrojo, esclamó el mancebo indignado.

—Detente, Gonzalo, y sé prudente. Yo mismo he llevado esa medalla sobre el pecho; reune al valor de tu familia la prudencia que de tí reclamo. Cuélgate al cuello esa medalla, porque yo lo ecsijo de tí.

—Gonzalo tomó la medalla, besó la mano del noble príncipe y salió con la arrogancia de un caballero castellano.

El mismo dia y á la misma hora que el aventurero llegaba á la ciudadela de Amberes, entraba Gonzalo en Bruselas sobre su caballo cordobes.

CAPÍTULO X.

LA ESTATUA DEL DUQUE DE ALBA.

El aventurero permaneció al pié de la estatua de bronce, como una yedra que busca arrimo al pié de un álamo gigante. Su mirada era fria y severa, cayendo á plomo sobre la ciudad, cuyos habitantes hormigueaban, dirijiéndose á la ciudadela, armados de picos los unos, de palas los otros, y todos con el entusiasmo que presta la seguridad de vencer. Los soldados permanecian en el interior de los cuarteles, y tres hombres, en traje de guerra, salieron del palacio del gobernador. No tenemos por qué ocultar los nombres de estos tres armados personajes, que eran Mos de Theron, el capitan Roberto, y Mos de Noylles, quien habia recibido en pago de su infame traicion el gobierno de la ciudadela. Los tres apresuraron su marcha, y llegaron en pocos momentos al pié de la estatua del duque.

—Buenos dias, caballero Enrique, dijo Theron tendiendo su mano al delicado aventurero, y saludándolo cortesmente.

—¿Muy buenos dias, Mos de Theron, contestó Enrique, poniendo su mano pequeña y blanca en la nervuda del breton.

—Mucho habeis madrugado, amigo? añadió el feroz calvinista.

—Me he levantado con la aurora. ¿Queréis decirme quiénes son estos caballeros, que parecen como vos, dispuestos á entrar en singular batalla?

—Con mucho gusto, amigo mio. Este es el capitan Roberto.

—¿El capitan Roberto? preguntó el jóven, pareciéndole haber oido antes aquel nombre.

—Un capitan de bandera alemana, repuso el amigo de Orange.

—Teneis razon. Un capitan que estuvo en Malinas de comisionado imperial, y despues en Namur de conspirador encubierto.

—El mismo, caballero Enrique, y ¡vive Dios! que pareceis bien enterado de cuanto tiene relacion con nuestros mas graves negocios.

—Lo conozco perfectamente y mucho me alegro de encontrarlo.

—Servidor vuestro, caballero, dijo Roberto saludando.

—Lo mismo repito, capitan, repuso Enrique marcialmente.

—Este otro, continuó Theron, es el capitan Mos de Noylles.

—Gobernador de la ciudadela, si mi memoria no me engaña.

—El mismo, replicó el breton, acariciándose la barba.

—Tengo largas noticias de vos, dijo Enrique, dirijiéndose al gobernador.

—Y deseo serviros, caballero, repuso Noylles cortesmente.

—Acepto, Noylles, vuestra oferta, y espero tener que recordárosla.

—¿Qué queréis, caballero Enrique? preguntó el capitan Noyllés.

—En este momento nada, capitan; pero otro dia podré ocuparos, y quizás no, segun el giro que vayan tomando mis negocios.

—Tengo órden de los Estados generales para complaceros en todo.

—Segun eso, vuestro deseo es una simple obligacion.

—Iré, caballero, mas allá de las órdenes, si es necesario.

—No pienso abusar por ahora, y ya he dicho que no sé si luego....

—Notad, dijo Theron acercándose á la puerta de la ciudadela, cómo acuden los buenos ciudadanos de Amberes, armados de picos, azadones y otros instrumentos.

—Me parecen muy perezosos, repuso Enrique, los buenos ciudadanos de Amberes.

—Apenas ha salido el sol, observó el capitan Roberto.

—Pero antes que el sol brilla, señores, la mañana.

Severo se mostraba Enrique con los habitantes de Amberes, cobrándoles en duras palabras el tiempo que habia esperado su llegada; pero como habia dicho Mos de Theron, se adelantaban en buen órden hácia la plaza de la formidable ciudadela.

—Rompia la marcha una tropa de jóvenes robustos, armados de acerados picos, entre los cuales se

distinguia el posadero de Bruselas, Guillermo Matren: á esta tropa seguia una muchedumbre de hombres armados de palas, y despues grupos de mujeres, niños y ancianos, confundiéndose la gerarquía, los estados y condiciones. Al llegar á la estatua del duque dieron un ¡Hurra! furibundo, y Guillermo Matren quiso el primero descargar en ella su pico. Iban á disputarse varios este honor, cuando interponiéndose Enrique, dijo con voz firme y sonora:

—Señores, ¿por qué deseais con tanto ardor romper esta estatua?

—Porque es la imágen del tirano, gritaron mil voces á un tiempo, queriendo vengar en un minuto algunos años de opresion.

—¿Y esta ciudadela qué es? preguntó el jóven dirijiendo una compasiva mirada á la furiosa muchedumbre.

—Su obra, respondieron á la vez los labios de mil y mil hombres.

—Supuesto que él osó levantarla, que presida su destruccion.

—Que la presida, repitieron las mismas voces.

—El Rubarto permite, señores, que se allane la parte del muro que hace frente á la ciudad, dijo Enrique con sonoro acento de mando.

—¡Que se allane! gritó de nuevo la entusiasmada muchedumbre.

—Seguidme, gritó Enrique á su vez, y obedeced mi mandamiento.

El aventurero se puso al frente de la muchedumbre, que crecia como las olas de la mar al soplo de los huracanes, y llegando al sitio señalado, se detuvo y dijo:

—Guillermo Matren, hiere esta muralla el primero.

La voz de Enrique ejercia siempre un poderoso influjo sobre el hijo del posadero, y sin saber por qué, cuantas veces oia Guillermo su mandato, obedecia como un magnetizado á su poderoso magnetizador. En este momento el mandato honraba mucho al posadero, y levantando su fuerte pico, hirió la piedra, que despidió torrentes de lumbre. Cien golpes siguieron, con intermision de un segundo, y al segundo siguiente resonaron do quier mil y mil. El entusiasmo popular tomaba incremento á cada golpe, y cuando se desprendia una piedra lanzaban frenéticos gritos, que aunque hijos de una inmoderada alegría, causaban profundo terror.

El emperador Cárlos V, campana mayor, como hemos dicho, de la catedral de Nuestra Señora, anunció con su lengua de bronce, que habia empezado la destruccion; y los habitantes mas remisos así como los moradores de cuatro leguas en contorno, acudieron á su llamamiento, reuniéndose tan crecido número de trabajadores sobre el anatematizado muro, que dificultaban los golpes, y algunos quedaban heridos del que su vecino descargaba, ó de los pedazos de piedra que saltaban al rudo esfuerzo de los mas diestros y robustos.

Al clamoreo de la campana se unió otro incidente, que en tan solemnes circunstancias avivó mucho el entusiasmo general. Mos de Theron, Mos de Noylles y el capitan Roberto, al frente de la guarnicion de la ciudadela, avanzaron á paso de carga, armados de instrumentos de destruccion; y muy pronto sus terribles golpes abrieron brecha en el paraje acometido, escombrando el profundo foso, y ofreciendo una nueva entrada á los que venian de refresco. Los fatigados trabajadores cedian sus caldeadas herramientas á los que querian sustituirlos, y las mujeres nobles y plebeyas, preparaban abundantes ranchos para sus esposos, hijos y hermanos, que no dejaban la tarea, y que celebraban con vítores cada golpe que apresuraba la destruccion del recio muro, diez años antes levantado.

Una sola persona miraba con sonrisa triste y glacial, pero de triunfo al mismo tiempo, aquellos patrióticos afanes, sin mover piedra ni ayudarlos con la palabra ó el ejemplo: esta sola persona era Enrique. Apoyado en el tronco de un árbol, parecia aislado enteramente, y todo el pueblo le miraba como á su jefe y capitan.

Guillermo Matren entregó su pico á las cuatro horas de trabajo: mientras acababan de cocer un enorme rancho, se acercó tímidamente al jóven Enrique, y le dijo con voz mal segura:

—¿Pareceis triste, caballero? ¿Quién os ofende? ¿Qué os aflije?

—¿Quién sois? preguntó Enrique con enojo.

—¿No me conoceis? Guillermo Matren, el posadero de Bruselas.

—¿Y quién os ha dado permiso para que os acerquéis á mí?

—Es que....tartamudeó el posadero, retrocediendo algunos pasos.

—Perdonadme, estaba distraido, murmuró Enrique dominándose, y haciendo señal á Guillermo para que adelantara el camino que acababa de desandar.

—Si os incomodo....murmuró Guillermo, acercándose lentamente.

—Nada menos. ¿Habeis trabajado mucho hoy?

—Bastante: y he venido á daros las gracias, porque me mandasteis dar el primer golpe, dispensándome tan gran favor.

—Verdaderamente fué un honor, repuso Enrique con frialdad.

—Que he procurado merecer. Mirad cómo tengo las manos.

Guillermo presentó sus manos llagadas; pues, aunque forzudo y robusto, jamás habia hecho otro trabajo que mover algunos costales de cebada, y eso por pura oficiosidad; porque las riquezas de su padre le permitian ser el mas ocioso posadero de las diez y siete provincias. Enrique contempló aquel estrago, con mas repugnancia que lástima, y dijo á Guillermo con su glacial indiferencia y su desdeñosa sonrisa:

—Me parece que van á servir aquel rancho, y ya tendréis necesidad de restaurar un tanto vuestras fuerzas. Alejaos y comed.

—¿Y vos no comeis con nosotros? preguntó Guillermo.

—Todavia no, repuso el misterioso jóven.

—Quisiera pediros un favor, añadió Matren ruborizándose.

—Hablad sin abatir los ojos, replicó Enrique secamente.

—¿Cuando derribemos la estatua, daré tambien el primer golpe?

—Es posible, repuso Enrique, y señaló á Guillermo el rancho, que estaban empezando á servir, con un imperioso ademan.

Nada mas grande que el entusiasmo popular mirado por mayor, si nos es lícito hacer uso de esta palabra; pero nada mas repugnante que sus pormenores ó detalles. Admiraba verdaderamente el conjunto de muchos millares de personas, que se relevaban en el trabajo y aun se encontraba algo notable en aquel continuo banquete, mas grande y sobrio que los de la terrible Esparta: pero repugnaba ver las manos y vestidos de hermosas damas, distinguidas por su nacimiento, educacion y gerarquía, manchados de sangre, de grasa, y rotos como los de humildes vivanderas. Este cuadro ofendia los ojos, y se escandalizaban los oidos con indecorosas palabras, dichas de intento ó por acaso, y acompañadas muchas veces de acciones que teñian de carmin las mejillas del intrépido aventurero.

Vinieron las sombras de la noche; los trabajadores se relevaban, y, á la luz de inflamadas teas, continuaban la destruccion, como si no pudieran proseguirla interrumpiéndola un instante. Enrique, jefe en cierto modo de aquella obrera muchedumbre, merced al prestigio que le daba lo misterioso de su orígen, se aprovechó de la oscuridad, y desapareció como un fantasma, sin ser notado, porque todos habian recibido ya el impulso, y lo seguian como unos autómatas con determinado movimiento.

Bien hizo Enrique en retirarse. Un niño de diez y seis años no debia presenciar las escenas que tuvieron lugar entre el misterio de las sombras y la rojiza claridad de las antorchas inflamadas. ¡Vista la ciudad de Amberes á una ó dos millas de distancia, qué magnífica parecia! Una ciudad entera trabajando á la luz de diez mil antorchas para romper el férreo yugo que le habia impuesto un vencedor! ¡La ciudad de Amberes vista en detal, en el interior de su recinto, qué pequeño cuadro ofrecia! Mujeres que sacrificaban en las aras de un frenético patriotismo la honra, rasgando con sus sucias manos la blanca túnica del pudor: hombres que dejaban la armaina para buscar torpe reposo; niños que vacilaban beodos al compás de lúbricas canciones, y eran rechazados despues del blando seno maternal. La virtud y el vicio reunidos sin avergonzarse ni esconderse: lo mas santo y lo mas inmundo sin rechazarse: débil naturaleza humana que amalgama tan fácilmente los mas encontrados elementos, y forma de la sociedad un nuevo caos; confuso embrion en donde la materia predomina sobre el espíritu, en donde funcionan los sentidos y muda queda la razon.

El crepúsculo de la mañana obligó al vicio á enmascararse, y alumbró de nuevo el pálido rostro de Enrique, que apoyado en el mismo árbol parecia no haberlo abandonado un solo instante; al menos así lo creyeron cuantos tenian por un sér sobrehumano al jóven héroe, cuya poderosa palabra habia dado al príncipe de Orange la soberana autoridad. El continuo trabajo de veinte y cuatro horas seguidas, habia allanado en su mayor parte el espeso lienzo de muralla, y los afanados trabajadores, satisfechos con tan brillantes resultados, doblaban su afan á medida que llegaba el ansiado fin. Mos de Theron, Mos de Noylles y el capitan Roberto continuaban dando el ejemplo á sus soldados; los habitantes de los contornos acudian tambien en nuevas tropas, y al hundirse el sol en el Occidente, se habia convertido el lienzo de muralla en informes masas de escombros.

El trabajo de la segunda noche se redujo á terraplenar el ancho foso: trabajo en que tomaron parte ancianos, mujeres y niños; y al amanecer del tercer dia, podia mandar el aventurero pasar el arado sobre la muralla destruida, como Scipion sobre Cartago, ó Tito sobre la antigua Jerusalem.

Terminada tan penosa tarea, se agruparon los mas fogosos alrededor de Enrique, que estaba cruzado de brazos al pié de su árbol favorito: el jóven, sin desplegar los labios, se dirijió al frente del gozoso cortejo al pié de la estatua del duque, y tendiendo su diestra, como Dios para desencadenar los elementos, dijo con voz breve:

—¡Destruid, ciudadanos de Amberes, destruid la estatua del tirano!

A su voz respondió un solo golpe descargado por cicuenta brazos, y la estatua tembló en su base, como una encina que sacude con ruda saña el huracan. Otros golpes se repitieron; el pedestal saltó en pedazos, y poco despues cayó la efigie, resonando el bronce en su caida como la voz de un moribundo en los momentos del estertor. Furiosos gritos respondieron al sordo gemido del bronce; mil y mil golpes se descargaron, empujándose unos á otros para tomar parte en la obra, y el que hacia saltar un pedazo lanzaba frenéticos aullidos, creyendo ver brotar la sangre del aborrecido adalid.

Los ojos buscaban entrañas en aquella masa de bronce, los oidos creian escuchar ayes, y la sed ardiente de venganza buscaba sangre en que saciar su hidrópico y ciego furor. Solo Enrique parecia estraño al entusiasmo general; retirado á agluna distancia contemplaba con indiferencia el afan de los brabanteses, y solo al ver la estatua rota y satisfecho el popular encono, dijo:

—Conducid esos restos á una fundicion de cañones, y sea el bronce lo que fué antes de personificar la tiranía.

Gritos de júbilo respondieron á estas palabras; y atando con cuerdas los pedazos, los fueron arrastrando, como despojos del enemigo, hasta la fábrica de fundicion.

Tan fausto dia debia terminar con algun público regocijo, y, despues de largas conferencias, se decidió hacer aquella tarde la procesion de la *Kermesse*. Esta fiesta, la mas notable de cuantas celebra la ciudad, reunia al entusiasmo que produce una no pequeña analogía con lo que acababa de suder. Se hace esta fiesta, segun cuenta la tradicion, en memoria de que en tiempo antiguo habia en

Amberes un castillo, del cual se ven restos en el mercado del Pescado, situado en las márgenes del Escalda; en el que el señor del pais, hombre de formas gigantescas, hacia pagar un crecido derecho á todo el que pasaba el rio, cortando las manos á quien procuraba escaparse. Lo que prueban en cierto modo las armas de esta noble ciudad, que son un castillo y dos manos cortadas en campo rojo. Se hace pues tan solemne fiesta en memoria de haber destruido tan espantosa tiranía, y nunca podia tener mas natural esplicacion, que despues de haber echado á tierra el altivo muro y la estatua del guerrero terror de Flandes.

Los improvisados zapadores y las ilustres vivanderas dejaron los útiles de destruccion y de cocina, para vestir sus mejores galas y presentarse con el lujo que la ceremonia requeria. A las tres de la tarde el ruido del pífano y el tamboril fué avisando á los habitantes que era el momento de la fiesta; é instantes despues la plaza de la *Nueva Bolsa* presentaba el cuadro animado que ofrecen siempre muchos millares de personas. El burgomaestre y los echevinos (regidores), vestidos de gran ceremonia, aparecieron en la puerta de las casas consistoriales, y se puso en movimiento la complicada procesion.

Abria la marcha un portaestandarte, llevando en su mano una bandera con la armas de la ciudad acompañado por el pífano y tamboril; seguianle dos leones dorados de colosales dimensiones; en pos de ellos un carro triunfal que servia de trono á una ninfa, tirado por ocho dragones alados; y finalmente, un enorme gigante armado de piés á cabeza. El vecindario rodeaba este simbólico cortejo; y la municipalidad de Amberes caminaba con paso tardo presidiendo, segun costumbre, tan importante ceremonia.

Al compas de entusiastas víctores, paseó la procesion las calles principales de la ciudad; pero en lugar de dirijirse hácia las antiquísimas ruinas del castillo del fiero gigante, se encaminó á las recientes ruinas de la desmantelada ciudadela. Nuevos víctores resonaron en su recinto, y al marchar el innumerable cortejo sobre la arrasada muralla, entonaba cánticos de triunfo, creyendo haber roto sus cadenas con aquel acto de borrascoso frenesí.

Enrique, el niño misterioso, de cuerpo frágil, delicado, pero de espíritu de hierro, marchaba silenciosamente, acompañado de Mos de Noylles, Mos de Theron, el capitan Roberto y algunos otros militares, sin tomar parte en la general alegría, y deseando ver terminada una fiesta muy popular y muy alegre para una alma menos preocupada que la suya, y para unos miembros mas robustos. El entusiasmo general le predecia que no veria terminado pronto aquel regocijo, pero hablaban en su favor el cansancio de tres largos dias y el insomnio de dos veladas. La lucha entre el espíritu, que quiere, y la materia, que desmaya, se entabló por fin, y el espíritu sucumbió, retirándose la muchedumbre cuando las primeras estrellas titilaban tímidamente en inmensos campos de azul.

Si quisiéramos filosofar, las escenas que hemos descrito nos ofrecerian ancho campo. Una palabra, pronunciada por un niño desconocido y dicha á un borracho, habia causado la destruccion de la mas hermosa ciudadela que admiraba el mundo: una palabra habia, como un soplo de fuego, inflamado los corazones de tantos millares de flamencos: una palabra habia destruido la grande obra de D. Fadrique de Toledo. ¡Quién buscará justa proporcion entre los efectos y sus causas!

CAPITULO XI.

GONZALO.

El paje de D. Juan de Austria habia penetrado en Bruselas sin el mas leve contratiempo, con ánimo firme de hablar á la encantadora María, venciendo obstáculos é invirtiendo cuanto tiempo fuera preciso. Entre los planes que se proponia, era uno rondar la calle de la hermosa, para dirijirla la palabra si se presentaba en el balcon, ó seguirla si salia á paseo, y abordarla en el momento conveniente. Resuelto á mostrarse á todas horas y en los mas públicos parajes, creyó inútil y hasta ridículo guardar misterio; se instaló sin ceremonia en una cómoda posada, bajo nombre supuesto sí, pero no recatando su persona. Pasó los tres primeros dias en rondar la casa del armero, logrando llamar la atencion de los vecinos y transeuntes, pero sin descubrir la menor huella de su codiciado tesoro.

Jóven é impaciente Gonzalo, le parecieron aquellos tres dias una eternidad, y decidió que aquel sistema era inseguro, y á mas de inseguro muy lento: se entregó á largas meditaciones, y sacó en claro que lo mas breve era dirijirse á la propia casa del armero y preguntar en ella por María. Tomada esta resolucion se apresuró á ponerla en planta, y preguntó al primer criado que se le presentó á la puerta por la señorita María Estraten.

—Ahí dentro está el amo, repuso rudamente el criado, podeis preguntarle por su hija.

Mucho deseaba nuestro jóven adquirir noticias de María; mas á pesar de su impaciencia no creyó prudente dirijirse á maesse Cornelio, hombre brusco, nada aficionado al austriaco, segun la opinion general, y que con el derecho de padre querria saber por qué motivo buscaban á su amada hija. Gonzalo no creyó prudente esponerse á tantos azares, y como general que se encuentra con un ejército superior, ó á quien avisan de una formidable emboscada, se retiró triste y mohino, contentándose con sus paseos.

Otro deseo tenia Gonzalo, casi tan vivo como el de encontrar á María; el de conocer al aventurero. La fama de este sér misterioso habia llegado á la ciudadela de Namur, y desde que entró el paje en Bruselas el nombre del aventurero zumbaba sin tregua en su oido. Todos á coro repetian la hermosura del aventurero, el lujo del aventurero, las riquezas, el odio hácia los españoles, el prestigio en los Estados generales del aventurero: y aunque no habia roto ninguna lanza, ni mantenido ningun duelo, tambien encomiaban su valor. Sabia Gonzalo

que el aventurero era un jóven de su misma edad; y deseaba encontrarse con él, muy decidido á provocarlo, estimulado por el deseo de eclipsar á un jóven tan notable; adquiriendo para sí la gloria de que el otro estaba rodeado, y quitando á la causa del príncipe un enemigo poderoso.

Ocupado estaba el jóven paje con su doble proyecto, cuando entró un criado en su habitacion para anunciarle una visita. Gonzalo conocia en Bruselas muy corto número de personas, y no habia juzgado prudente darse á conocer con ninguna: esta visita le contrariaba, y dijo al criado:

—¿Por quién ha preguntado? ¿quién manifiesta querer verme?

—Por vos; solamente por vos, repuso el criado secamente.

—¿Pero de qué modo? añadió el paje, no satisfaciéndole la respuesta.

—Preguntando por un estranjero, y dando vuestras mismas señas. ¿Qué mas habia de preguntar, ni qué mas me habia de decir?

—Podrá equivocarme con otro, repuso Gonzalo.

—¡Oh! la persona que ha preguntado no se equivoca.

—¿Pues quién es? observó el jóven paje inquieto y curioso á la vez.

—El *Aventurero*, repuso el criado acentuando mucho la palabra.

—¡Que entre! esclamó Gonzalo levantándose con estraordinaria alegría, y el criado se alejó diciendo:

—Parece que los dos arrapiezos se han conocido antes de ahora.

El paje dió algunos paseos á lo largo de su habitacion; sentóse despues, y vió entrar un jóven de corta estatura, ojos pardos, tez blanco-mate, facciones correctas, negros cabellos, boca breve y cejas unidas. Este jóven vestia truzas á la flamenca; botas con espuela de oro; coleto de terciopelo negro con mangas permidas; ropilla recamada de oro, y sombrero con blanca pluma. La espresion de su fisonomía era triste y dulce á la vez; y sus labios querian sonreirse sin enteramente lograrlo. Gonzalo se levantó á su vista, le ofreció un sitial cortesmente, y se sentó en el que ocupaba.

El aventurero admitió el sitial que le presentó el paje, y guardó profundo silencio.

—¿Puedo saber, dijo Gonzalo queriendo entablar conversacion, á quién tengo el honor de recibir?

—Al caballero Enrique, como me hago llamar, ó al *Aventurero*, como me llaman vulgarmente, repuso el jóven con frialdad.

—Mucho he oido hablar del *Aventurero*, replicó el paje con sarcasmo.

—¿En dónde, caballero Gonzalo? si teneis á bien el decírmelo.

—En Bruselas, caballero Enrique, si á mal no llevais el escucharlo.

—Me figuré que en la ciudadela de Namur, repuso Enrique con intencion.

—¡Caballero! esclamó Gonzalo, con visibles muestras de enojo.

—¿Os ha causado admiracion una respuesta tan sencilla?

—Mucho me admira, lo confieso; y cuando me admira....

—Os admira, porque no sabeis que jamás visito á una persona sin conocer su nombre, apellido, condicion y algunos pormenores de su vida.

—¿Vos sabeis?....

—Yo sé que os llamais Gonzalo Fernandez de Córdova.

Sobrecojido quedó Gonzalo, mas presentándose una idea á su imaginacion ardiente, corrió á la puerta, echó la llave y se la metió en el bolsillo. Despues ocupó su sitial.

—Sé, prosiguió el aventurero, que sois paje de D. Juan de Austria.... Y á propósito: ¿cómo está el príncipe?

Gonzalo vaciló en responder, pero considerando que una mentira le deshonraria sin sacarlo del compromiso, repuso con serenidad:

—El príncipe se encuentra bueno y en perfecta seguridad.

—¿Alegre ó triste? añadió el jóven misterioso.

—Muy alegre, repuso el valiente Gonzalo.

—Muy alegre, murmuró Enrique con un acento inesplicable.

—¿Creeis, caballero Enrique, que tiene algun motivo de tristeza?

—Estoy muy distante de la ciudadela de Namur para saber lo que en ella pasa; pero el aspecto que presentan los negocios públicos, debe contristar profundamente el ánimo de D. Juan de Austria, replicó Enrique con calculada indiferencia.

—Caballero, replicó Gonzalo con arrogante seriedad, cuantos han estudiado de buena fé el curso de los acontecimientos, desde que se firmó la paz de Gante, saben que el gobernador general ha cumplido sus condiciones, deseando evitar todo conflicto entre los poderes del Estado; pero tambien cuantos conozcan al hermano de Felipe II, cuantos recuerden el brillante écsito de sus espediciones militares, cuantos pronuncien su ilustre nombre, sabrán que no teme la guerra, y que desprecia profundamente á sus villanos enemigos. En cuanto al tono de sarcasmo que habeis dado á vuestras palabras, os diré que si me conoceis, yo tambien os conozco.

Enrique quedó pálido como la cera, oyendo las palabras del paje, y murmuró tímidamente:

—¿Me conoceis?

—Sí, repuso Gonzalo con mas vehemencia. Sé que sois un vil instrumento de Guillermo, príncipe de Orange: que os habeis presentado en Bruselas con un carácter misterioso y enteramente novelesco, que tirais el oro á manos llenas, que pasais por un sér sobrenatural, cuyo orígen se desconoce, cuya omnipotencia se palpa: sé que prevalido de este carácter y de la ciega credulidad del preocupado y necio vulgo, habeis hecho nombrar Rubarto á vuestro patrono: y sé, repito, que obraréis siempre como un miserable maniquí del traidor Guillermo de Nassau.

Durante el fogoso discurso del paje, se serenaron poco á poco las facciones del aventurero, tomando su rostro aquel aspecto melancólico é indi-